
Compartir la historia de Jesús

César Luis Pagani ¹

¿Cuál fue la nota tónica del evangelio de Pablo? “Predicamos a Cristo crucificado...” (1 Corintios 1:23). “Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a este crucificado” (1 Corintios 2:2). Aun así, ¿creemos que esa línea teológica evangelista sería más que suficiente para impactar a los oyentes de este ex fariseo y terrorista perseguidor de la iglesia?

Detrás del testimonio de Pablo había una vida increíblemente transformada por el Salvador, a quién él predicaba. El apóstol no necesitaba valerse del testimonio de otros. Tenía su propia historia acerca del poder transformador de la cruz de Cristo.

“Con el poder del Espíritu, Pablo relató la historia de su propia milagrosa conversión, y de su confianza en las Escrituras del Antiguo Testamento, que se habían cumplido tan plenamente en Jesús de Nazaret. Habló con solemne fervor, y sus oyentes no pudieron sino percibir que amaba con todo su corazón al crucificado y resucitado Salvador. Vieron que su mente se concentraba en Cristo, y que toda su vida estaba vinculada con su Señor. Tan impresionantes fueron sus palabras, que solamente aquellos que estaban llenos del más amargo odio contra la religión cristiana pudieron quedar sin conmoverse por ellas”. ²

La teología de nuestra predicación es muy importante, pero de nada servirá si no es acompañada de efectos en el carácter. “Haz lo que yo digo, pero no lo que yo hago”, no pasa de una actitud cínica, hipócrita y desdeñable.

En verdad, la historia de Cristo comenzó mucho antes en la Historia. Desde los confines de la eternidad, mucho antes de la introducción del maldito pecado en el universo, el Verbo divino dijo ante el trono de su Padre: “He aquí, vengo; en el rollo del libro está escrito de mí...” (Salmo 40:7; comparar con Hebreos 10:7-9).

¹ Periodista, escritor y traductor. Trabajó en la Casa Publicadora Brasileira durante once años, en el departamento de Arte y luego como editor de varias publicaciones periódicas. Tradujo varios libros del Espíritu de Profecía al portugués. Actualmente es miembro de la Iglesia Central Paulistana, en San Pablo, Brasil.

² Elena G. de White; *Los hechos de los apóstoles*, p. 201.

En no pocas ocasiones nos vemos inclinados a presentar prioritariamente a las personas nuestra magnífica teología doctrinaria como la del sábado como día legítimo de descanso; el santuario; nuestro mensaje de salud; la Segunda Venida; la Ley de Dios; la obediencia y la fe... Y eso es válido, es legítimo. Pero lo que más ablanda un corazón seco de esperanza es la historia del Dios que vino, se encarnó y murió por él, cuando todavía era enemigo de Dios. “Porque, si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida” (Romanos 5:10).

En la actualidad, hay muchas denominaciones que predicán la prosperidad, la realización de milagros, el sentimentalismo espiritual, el éxito personal, etc. Cristo es mencionado apenas como algo accesorio, complementario. Ubican algún elemento bíblico para adornar su tesis secularizada, procurando dar visos de autenticidad a su predicación.

El evangelio es la cruz de Cristo, la base de toda educación cristiana, el núcleo de toda enseñanza y conocimiento.

La exposición del costo infinito que fue pagado para nuestra redención, la humillación y los castigos que sufrió a partir de su arresto por la guardia sacerdotal, la violación vergonzosa de sus derechos, la flagelación impiadosa con “gato de nueve colas”, el chicote romano hecho con tiras de cuero crudo que tenían asegurados trozos de metal y huesos puntiagudos que cortaron en jirones sus costillas hasta dejarlas en carne viva; los puñetazos, los garrotazos con una caña que la habían colocado en sus manos como cetro; los sufrimientos inenarrables de Cristo en la cruz, el madero que pusieron sobre sus espaldas en el camino rumbo al Calvario, el *patibulum* (asta horizontal que era clavada en el *stauros*, un asta vertical) que pesaba aproximadamente unos cincuenta kilos, los clavos de 11 centímetros clavados en sus manos y sus pies, la frente lacerada y sanguinolenta, todo habla del amor incomparable que nos dedicó.

Esa es la historia que debe ser contada.

Ralph Waldo Emerson, escritor, filósofo y poeta estadounidense, dijo; “Lo que hablas es tan fuerte que no puedo oír lo que estás diciendo”.

Consideremos el testimonio de Juan, el hijo de Zebedeo, uno de los Boanerges (“hijos del trueno”) referidos por Cristo. Antes de conocerlo, e incluso durante algún tiempo ya en el ministerio, se mostraba lleno de sí mismo, combativo, iracundo, vengativo, crítico mordaz. Pero en la convivencia con Cristo y contemplándolo diariamente, el carácter, la postura, el comportamiento, asimiló el mismo sentimiento que había en el Maestro (Filipenses 2:5-8). Su corazón permitió ser influenciado por aquella Vida inmaculada, pura, santísima. Su ego se impregnó de Cristo.

Con mucha propiedad él pudo decir: “Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida... la vida fue manifestada y la hemos visto y testificamos...” (1 Juan 1:1, 2). Era un testigo ocular, fáctico, de la vida de Cristo y podía dar su testimonio con autoridad.

Las personas a las que les damos testimonio pueden percibir si él es el fruto de nuestra convicción personal o simplemente un formato de las tradiciones y costumbres de nuestra iglesia.

“Vosotros sois mis testigos”. Dios testifica de nosotros como “sus testigos” (Isaías 43:10, 12; 44:8; Hechos 1:8).

En terminología jurídica, un testigo es una persona llamada a exponer en relación a lo que ha presenciado.

Si somos, y de hecho es así, testigos de Dios, ¿qué presenciamos acerca de Él, y qué podemos decir al respecto?

1. Que Él es amor, que ama a toda la humanidad y desea que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad.
2. Que Él es el Salvador.
3. Que Él es el Padre.
4. Que Él es misericordioso, benigno, tardo para la ira y grande en piedad y verdad.
5. Que Él amó tanto al mundo que dio a su Hijo Unigénito para que todo aquél que en Él crea no se pierda, más tenga vida eterna.
6. Que su gracia es infinita.
7. Que salvará a todos los que se acerquen a Él, sin acepción de personas, por medio de Cristo.
8. Que Él transformó nuestra vida.
9. Que Él vendrá, juntamente con su Hijo amado para poner fin al imperio del pecado, y brindar paz eterna a todos los que le acepten.

César Luis Pagani

Traducción: *Rolando Chuquimia*
RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©